

Cabo de Palos.

El faro del cabo de Palos empezó a lanzar destellos en 1865.

Dos destellos cada diez segundos lanzados desde sus casi cien metros de altura advierten de la presencia de bancos de arena y bajos rocosos, que han hecho embarrancar o naufragar cientos de poderosos barcos mandados por capitanes expertos.

El cabo ya acogió una torre que vigilaba la llegada de piratas berberiscos. Y antes un templo a Baal. Y siempre un pueblo desde el que la gente salía a la mar a buscar comida.

La auténtica riqueza actual es la declaración de la Reserva Marina de Cabo de Palos e Islas Hormigas, que desde 1995 protege un área de 19 kilómetros, tanto para salvaguardar los ecosistemas marinos como para asegurar una reserva de animales reproductivos de especies comerciales.

Los espetones también salen beneficiados de la protección de la zona, ya que le resultará más fácil encontrar presas.

La biodiversidad se manifiesta en formas biológicas bien distintas, como las algas pardas que extienden sus láminas agitadas por las corrientes.

La fanerógama Posidonia es un indicador de la salud del ecosistema. Aquí, abundan las matas densas, formadas por hojas cubiertas de epífitos.

Los urticantes tentáculos de los ceriantos ahuyentan depredadores, y cazan presas.

El bentos es generoso. Grandes bivalvos conviven con delicadas ascidias y tímidos poliquetos, todos piezas de una frágil arquitectura trófica.

Todos conviven con los restos de hierros de un pecio que ya forma parte del ecosistema; un biotopo muy solicitado.

Hierros que un día dieron forma a un navío, hasta que una tormenta o los traidores bajos del cabo de Palos quebraron su casco y pusieron punto final a su viaje.

Las aguas de esta zona del Mediterráneo han sido puerto de destino de más de un capitán distraído. Pero lo que podría ser un material extraño, en el mar se convierte pronto en refugio de peces y soporte de organismos sésiles.

Alrededor del pecio, la vida se organiza y se reparte el espacio y los recursos. Y los organismos que no pueden clavar en él sus fijaciones, conviven anclados en los fondos cercanos, como algas, corales y gorgonias

Cuando cae la noche, el faro vuelve a vigilar el mar y a cuidar de los marineros. La Luna ayuda de vez en cuando.

Entonces hay otra actividad en el fondo. Las morenas suelen cazar de noche y defienden su cueva cueste lo que cueste.

Cuando se encuentran con un congénere en su territorio, no dudan en dirigir sus amenazas hacia el invasor.

Pero a la vista de un alimento apetitoso, las dentelladas cambian de orientación. Aunque no todo es comestible; pocas cosas disuadan tanto hasta al depredador más feroz como los filamentos urticantes de un cnidario. Cada cual se defiende como puede.